

El árbol

(Lectura para la Cruz de Mayo de la Hermandad de la Soledad de San Lorenzo)

NO en el monte del olvido, sino en el de los recuerdos, está plantada una cruz bajo los arcos del cielo. Una cruz que es de madera, fue -tal vez- olivo viejo, un olivo centenario, de ramones cenicientos, que ahuecara en los terrones y entre los surcos del suelo. Olivo mediterráneo, olivo itálico o griego, del que Virgilio dijera que solo precisa al viento, no a las hoces ni al rastrillo, sino terrones abiertos por los que el agua de lluvia baja empapando y cubriendo las puntas de las raíces que despiertan de su sueño. Árbol cuajado de manos, de extremidades, de dedos, yemas verdes de aceituna que se van entumeciendo con el beso de los soles y antes de llegar invierno, se hace fiesta en otras manos que estrechan en el verdeo. Aquel árbol misterioso que derramaba alimento y era magia, -oro licuado-, un luminoso sustento, hermano de los trigales, de la vid, del pan y el queso, cuando caían las tardes acogía aquel concierto de la coral de zorzales que colgaban en el viento su pentagrama con notas de un misterioso solfeo.

Llegó un día en que al olivo las hojas le encanecieron, se le fue encrespando el tronco, y,

cuando llegó a ser viejo, la media luna del hacha pasó expoliando sus miembros. Como al José de la Biblia despojado en el desierto, vendido por sus hermanos, este olivo fue deshecho por los que un día mamaron del zumo de sus adentros, del que va de las capachas a las piedras y que es, luego, clamor en las alquerías tras las prensiones en fresco. Este olivo fue arrancado por los que en su piel comieron tras sacrificar los frutos que maduraba en secreto, cada oliva triturada igual que un manso cordero que da de comer a todos en la pascua de su pueblo. Y así le llegó la poda, trozo a trozo lo partieron: Las ramas, para picones; el tronco, a los carpinteros; y las profundas raíces, los más compactados tueros, para, en las villas romanas, sembrar de calor el suelo donde las glorias propagan la lengua ardiente del fuego.

Y después de ser de tierra, después de ser alimento, de ser mástil de una nave o ser sustrato del fuego, fue lo que nadie esperaba, herramienta de tormento. Por la mañana de un viernes, cuando el día andaba haciendo equilibrios de colores con los apuntes primeros de un sol que, desde el levante, trocaba en oro el veneno de la fría madrugada, sin compasión la pusieron sobre el hombro lastimado de un humilde Galileo.

Él era de quien se hablaba que un clamor vino diciendo su nombre por los postigos de Sion. Cerca

del Templo, entre sol, ramas de olivo, y entre hosannas lo pudieron ver llegar sobre un pollino, rey sin corona ni cetro, Dios con las manos manchadas por quien dan vivas y besos los niños, y los tullidos, los leprosos y los ciegos, los desgraciados del mundo que veían en su cara el sueño de las viejas escrituras. En un cenáculo estrecho ¿Qué pasó? ¿Quién sopló el alma de los que luego salieron canturreando los himnos con una aurora en el pecho? Mas luego, en Getsemaní, entre olivares de nuevo, la luna empezó a hervir sangre cuando se cerraba el cepo de la traición del hermano. Lo apresaron con un beso. Él acalló las espadas, sanó la herida del siervo. Luego, juicio y bofetadas, presentaciones al pueblo, ahí lo tienen "ecce homo", columna, clámide y gestos de burla, golpes, saliva, negaciones, los flagelos, "adivina quién te dio", "eres tú el rey de éstos", y una corona de púas ensangrentando el cabello y las mejillas que otrora de asomaran al espejo del lago donde unos hombres echaban sus aparejos y los llamó por sus nombres para que ya, por los pueblos, fueran pescando las almas para las nasas del Reino. Las manos en la jofaina y "ya tenéis a ese reo" se escuchó cuando la turba prefería a lo perverso, escogía la maldad, a lo puro y a lo bello, al salteador de caminos que al que dio el color al ciego, y multiplicó los panes y sanaba a los enfermos, el que abrazaba a los

niños y calmaba a los posesos. "Debe morir en la cruz, es lo ajustado a derecho".

Y allí estaba el viejo olivo, cortado sin mucho esmero, esperando a un hombre solo que, solemne, herido y quedo, emprendía, dignamente, su marcha hacia el matadero. Aun despojado de todo, maltratado, casi en cueros, su gran poder se mostraba en su caminar sereno, llevando en hombros al mundo sin oponerse al decreto que dice que es necesario que uno muera por el resto. Una sierpe de zarzales se enredaba en su cabello, tanta oveja descarriada tan amoratado el rostro -¿quién pudo reconocerlo?- con la boca semiabierta perdonaba por aquellos claroscuros empedrados de un amanecer muy negro. Por los portones salían las miradas a su encuentro, misericordia era el nombre que repetían los viejos al verlo, manso, obediente, sin que el odio fuera dueño del brillo de sus pupilas.

Pues tres veces cayó al suelo, cuando volvía del campo, un labrador cirineo fue obligado a ir con la cruz, mano a mano, cuerpo a cuerpo, con aquel ajusticiado que quién sabe qué habría hecho. Fue hasta el monte del Calvario dulcificando su peso y lo dejó en lo más alto. Cuando ya iba de regreso se escuchaban los martillos y los clavos percutiendo las manos del "pobre loco que, quién sabe, lo que habrá hecho". Y al ver manchas en su

túnica de sangre y sudor ya secos, se sentó sobre una piedra y derramó, sin consuelo, lágrimas de hombre de bien, de compasión, de sincero sentimiento de piedad por el que es de carne y sueño. Y así regresó a los surcos para buscar el sustento sin dejar de meditar "lo llaman rey ¿cómo es eso? Si apenas tenía fuerzas, si no había más ejército que una pocas de mujeres armadas con sus lamentos". Volvió Simón a sus campos, mas su corazón ya preso se encontraba de esos ojos que tenían el reflejo de un amanecer de oro, profundos, cercanos, tiernos, "sígueme" creyó escuchar mientras ladraban los perros del odio a su alrededor de dos hombres bajo el peso, uncidos, yunta divina en la labranza del cielo.

Después que expiró en el aire y alancearon su pecho, lo descolgaron del tronco y se llevaron su cuerpo a un campo lleno de lilas. Y allí en un sepulcro nuevo, abierto bajo las rocas, con unas libras de unguento y unas sábanas de lino depositaron al bello torso de aquel que amó hasta el extremo. La madre bajo la cruz, dulce y tranquilo su gesto, estrenaba soledades y buscaba en sus recuerdos, como luz de sol poniente, una frase de consuelo "permaneced en mi amor hasta el final de los tiempos, en la casa de mi Padre hay para todos asiento, por eso creed en mí, voy a

buscaros un puesto, que yo soy la Luz del mundo y os recibiré en mi Reino".

Tras dos noches de chubascos picando sobre el silencio, a la tercera una luz prendió en el sepulcro nuevo, la piedra, que se movía, sonó como suena un trueno y una mujer de Magdala, el amado Juan y Pedro hicieron arder la pólvora "no lo busquéis, no está muerto". Y un encender de candiles y unas vendas en el suelo, se oyó el "noli me tangere", los hijos de Zebedeo con el agua en las rodillas y con el copo repleto de peces en la mañana, "Señor, sabes que te quiero", con la hogaza en Emaús , después de entender de lejos hasta ayer las escrituras, dos corazones ardiendo.

Cuando Simón de Cirene volvió al Calvario de nuevo, pasados ya varios días de pensar por qué su cuerpo le parecía distinto, por qué sentía por dentro como un agua de roqueda acariciando sus huesos, un cabecear de trigos por las veredas del cuerpo, como una sombra de nubes en medio de un campo eterno, un despertar de rosales, un rechinar de vencejos, una flor de entre los cactus, un arroyo en el desierto desde que rozó su cara la cara del nazareno. Así que volvió el domingo, regresó el día tercero y encontró la cruz alzada bajo un mediodía pleno. Aquel pedazo de olivo, el

desechado madero, era a solas, bajo el sol, el centro del universo. Y en la corteza ya anciana, por la que fuera cayendo la sangre de aquel Rabí, surgían yemas al tiempo que la savia iba y venía entre las nubes y el suelo. Todo verdor, ramas nuevas, manicomio de jilgueros, la plegada miniatura de yemas apareciendo como una raíz inversa que abrazara al universo.

Y después de ser de tierra, después de ser alimento, de ser mástil de una nave o ser sustrato del fuego, de ser del hijo del hombre su herramienta de tormento, aquel pedazo de olivo resucitó de los muertos ramas para dar las hojas, yemas para el polen nuevo, flores para la aceituna, frutos para el alimento, oro del aceite rubio que alegra el pan y los cuerpos, sombra para los estíos, brasa para los inviernos, aleluya en la campiña para la lira del viento.

Y por eso sigue alzada -aunque pase tanto tiempo- no en el monte del olvido, sino en el de los recuerdos, en el corazón de mayo como una espada en el suelo, como una punta de flecha que nos lleva hacia lo lejos, dos rectas que dan en un punto lo celeste y lo terreno. Es el tronco que Moisés levantara en el desierto y sanó las mordeduras del áspid sobre los secos arenales de la duda de un pueblo hastiado y sediento, es el

árbol que María abraza el sábado quedo de los
sagrarios vacíos mientras va expirando el tiempo
de la luz, de la nostalgia, ese que es *tiempo sin
tiempo...*

Hoy bendecimos el árbol, aquí lo tenéis de
nuevo, es el árbol de la vida, no es el árbol de
los muertos, él es cruce de caminos donde Dios se
hace más nuestro. Y en el dolor, en la pena, la
enfermedad o el tormento, privado de libertad, en
la pobreza o el miedo acuérdate de esta cruz donde
la historia dio un vuelco y por ello sigue alzada
esta noche en San Lorenzo.

Muchas gracias